



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de febrero de 1979

Queridos hermanos y hermanas:

1. “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”. Sobre este tema ha trabajado la III Conferencia General del Episcopado de aquel continente desde el 27 de enero al 13 del corriente mes de febrero. Ayer la Conferencia terminó sus trabajos. Hoy quiero, en unión con mis hermanos en el Episcopado participantes en esa Conferencia, en unión de los Episcopados de todo el continente latinoamericano, dar gracias al Espíritu Santo por el conjunto de estos trabajos. Quiero dar gracias al Espíritu de nuestro Señor Jesucristo y a su Madre, Esposa del Espíritu Santo. Precisamente a sus pies en el santuario de Guadalupe iniciamos juntos la III Conferencia.

Cuando oímos la palabra “evangelización”, nos viene a la mente la frase de San Pablo: “Porque si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizara!” (1 Cor 9, 16). Estas palabras que brotan de lo más profundo del alma del Apóstol son *el grito de la Iglesia* de nuestros tiempos. Han venido a ser el testamento de Pablo VI, que encontró su expresión en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*. Ahora vienen a ser las palabras de fe, esperanza y caridad del Episcopado latinoamericano. Porque la fe, esperanza y caridad deben ser traducidas a lenguaje de responsabilidad por el Evangelio, por su anuncio tal como lo formuló San Pablo Apóstol.

2. La evangelización en el continente americano es ante todo herencia de siglos. Si hablamos del presente y del futuro de esta evangelización, no podemos olvidar su “ayer”, su pasado. De esto hablé, durante el reciente viaje, en la primera homilía que pronuncié en la Misa concelebrada en Santo Domingo. “Desde los primeros momentos del descubrimiento —decía—, la preocupación de

la Iglesia se pone de manifiesto para hacer presente el Reino de Dios en el corazón de los nuevos pueblos, razas y culturas... El suelo de América estaba preparado por corrientes de espiritualidad propia para recibir la nueva sementera cristiana”.

Aquel “ayer” de la evangelización de los hombres y de los pueblos del continente latinoamericano se ha notado constantemente durante mi visita a México, y ha creado lo específico de todo el viaje. En todas partes encontré templos espléndidos que recordaban las primeras generaciones de la Iglesia y del cristianismo en aquella tierra. Pero sobre todo encontré *hombres vivos* que han aceptado como propio el Evangelio que les anunciaron en el Nuevo Mundo los misioneros provenientes del Viejo Mundo, e hicieron de él la sustancia de su propia vida. Ciertamente aquel encuentro de los recién llegados de Europa con los indígenas no fue fácil. Se tiene la impresión de que estos últimos no hayan aceptado del todo lo que es europeo; que, de alguna manera, trataron de esconderse en sus propias tradiciones y en la cultura nativa. Pero al mismo tiempo se tiene la impresión de que hayan aceptado a Jesucristo y a su Evangelio; que en aquella comunidad de fe se haya realizado un encuentro de lo “viejo” con lo “nuevo”, y esto se halla en la base no sólo de la vida de la Iglesia, sino de la misma sociedad mexicana. La continuidad de la fe ha pasado —como todos sabemos— pruebas graves y oposiciones duras. Es difícil resistir a la impresión, que se impone con insistencia, de que en el crisol de esas pruebas y oposiciones la comunidad se ha robustecido y ha profundizado. Lleva consigo las señales de una gran sencillez y de la victoria espiritual de la fe, a pesar de las circunstancias que podrían testificar en contra y que, considerando las cosas desde el punto de vista humano, podrían entristecer.

3. “Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos” (*Heb 13, 8*).

Los representantes del Episcopado reunidos en Puebla, reflexionando sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, eran conscientes del hecho que la Iglesia como Cuerpo de Cristo y fiel Esposa suya, la Iglesia como Pueblo de Dios, no puede romper jamás con el pasado, con la tradición, pero tampoco puede contentarse con mirar sólo al pasado: la Iglesia (*“retrooculata: mirando atrás”*), debe ser al mismo tiempo siempre la Iglesia que mira al futuro (*Ecclesia “anteoculata: Iglesia mirando adelante”*). *A este futuro, a los hombres que ya existen y a los que vendrán, la Iglesia debe revelar siempre a Jesucristo, misterio de salvación pleno y no mermado.* Este misterio es un misterio eterno en Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El misterio que en el tiempo ha venido a ser una Realidad Divino-Humana, *que se llama Jesucristo.*

El es una realidad histórica y al mismo tiempo está sobre la historia, “es el mismo ayer y hoy y por los siglos” (*Heb 13, 8*).

Es una realidad que no queda fuera del hombre; la razón de su existir, ser y obrar en el hombre; construir la fuente y el fermento de la vida nueva en cada hombre.

Evangelizar significa actuar en esta dirección para que la fuente y el fermento de vida nueva brillen en los hombres y en las generaciones siempre nuevas.

Evangelizar no quiere decir sólo hablar “de Cristo”. Anunciar a Cristo significa obrar de tal manera que el hombre —a quien se dirige este anuncio— “crea”, es decir, *se vea a sí mismo en Cristo*, encuentre en Él la dimensión adecuada de su propia vida; sencillamente, que se encuentre a sí mismo en Cristo.

El hombre que evangeliza, que anuncia a Cristo es el ejecutor de esta obra, pero sobre todo lo es el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo. La Iglesia que evangeliza permanece sierva e instrumento del Espíritu.

El hecho de encontrarse a sí mismo en Cristo, que es precisamente el fruto de la evangelización, *viene a ser la liberación sustancial del hombre*. El servicio al Evangelio es servicio a la libertad en el Espíritu. El hombre que se ha encontrado a sí mismo en Cristo, ha encontrado el camino de la consiguiente liberación de la propia humanidad a través de la superación de sus limitaciones y debilidades; a través de la liberación de la propia situación de pecado y de las múltiples estructuras de pecado que pesan sobre la vida de la sociedad y de los individuos.

Con no menor claridad debemos referirnos a esta verdad tan fuertemente expresada por San Pablo, en la misión evangelizadora en el continente americano y en todas partes.

4. El futuro de la evangelización se identifica con la realización del programa grande y múltiple delineado por el Concilio Vaticano II.

La Iglesia, para que pueda cumplir su misión con relación al “mundo”, debe reforzarse profundamente en el propio misterio, debe construir a fondo la propia comunidad, la comunidad del Pueblo de Dios, basada en la sucesión apostólica, en el ministerio jerárquico, en la vocación al servicio exclusivo a Dios en el sacerdocio y en la vida religiosa, en el laicado consciente de sus propios deberes apostólicos.

El mundo latinoamericano espera que la Iglesia cumpla su misión propia en sus confrontaciones. Lo espera también cuando en la confrontación de la Iglesia y el Evangelio, manifiesta contestación e indiferencia.

Todo esto no debe desalentar en su amor a los apóstoles de Cristo y a los servidores del Evangelio.

Mis queridos hermanos en el Episcopado del continente latinoamericano dan testimonio de que “el amor de Cristo los urge” (cf. *2 Cor* 5, 14), de que están prontos a “predicar la palabra, a insistir a tiempo y a destiempo, a reprender, a vituperar y exhortar con toda longanimidad y doctrina” (cf.

2 Tim 4, 2), como dice San Pablo, para que las comunidades confiadas a su cuidado de pastores y maestros “no aparten los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas” (cf. 2 Tim 4, 4).

Mis hermanos en el Episcopado del continente latinoamericano están prontos, en unión con sus sacerdotes, religiosos y religiosas, con todo el laicado celoso, a interpretar los “signos de los tiempos” para formar a todo el Pueblo de Dios en la justicia, en la verdad y en el amor.

El Señor los bendiga en todo este trabajo.

Permítales ver los frutos de este celo y de esta cooperación, cuya prueba es la III Conferencia General de Puebla.

Que la Iglesia en el continente latinoamericano, fuerte por la tradición de la primera evangelización, se fortalezca de nuevo con la conciencia de todo el Pueblo de Dios, con la fuerza de las propias vocaciones sacerdotales y religiosas, con sentido profundo de responsabilidad por un orden social fundado en la justicia, en la paz, en el respeto a los derechos del hombre; en la adecuada distribución de los bienes, en el progreso de la instrucción pública y de la cultura.

Les deseamos todo esto.

Sigamos rogando sin cesar por tal intención de América Latina todos nosotros aquí reunidos y toda la Iglesia, invocando la intercesión de la Madre de Dios de Guadalupe, a cuyos pies dimos comienzo a nuestros trabajos.

Amén.

Saludos

(A los enfermos)

Deseo reservar una palabra especial y un saludo afectuoso a los enfermos aquí presentes. En la sugestiva ceremonia de San Pedro el domingo pasado, los enfermos tuvieron el primer puesto. Todos los que sufren en el cuerpo o en el alma ocupan siempre el primer puesto en el corazón del Papa. Por tanto, queridos enfermos, mi oración por vosotros es pidiendo que la fortaleza cristiana no os abandone en ninguna circunstancia. y os sirva de consuelo interior el apoyar vuestro sufrimiento en la cruz de Jesús. Con el deseo de que tengáis toda ayuda divina y humana, os bendigo cordialmente, y con vosotros bendigo a vuestros familiares y a cuantos os están cercanos.

(A los recién casados)

Seáis bendecidos también vosotros. queridísimos recién casados. Gracias por vuestra presencia.

Vuestra nueva vida ha comenzado ante el altar del Señor con el sello de un rito sacramental; no olvidéis jamás que sois esposos cristianos elevados a la dignidad de colaboradores de Dios en la procreación y educación de los hijos que Dios os conceda. El Papa ora por vosotros y os acompaña con su deseo de una existencia familiar serena y virtuosa, y con una bendición cordial.

(A los focolarinos)

Mi saludo cordial va hoy al grupo de cuarenta hermanos en el Episcopado de varios continentes y países; se trata de obispos "amigos" del Movimiento de Focolarinos, reunidos estos días en el centro "Mariápolis" de Rocca di Papa, por iniciativa del obispo de Aquisgrán, mons. Klaus Hemmerle, a fin de vivir juntos una experiencia de comunión espiritual. A vosotros, venerados hermanos, el augurio de que podáis realizar en este tiempo de meditación, oración y reflexión conjunta, la unidad de mente y corazón que pidió Jesús intensamente al Padre para sus discípulos en la última Cena: «Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 17. 21).

Un saludo afectuoso y paterno deseo dirigir a los trescientos cincuenta sacerdotes de distintas diócesis europeas que participan, también ellos, en un congreso organizado por el Movimiento de Focolarinos en el centro "Mariápolis". Estoy cierto de que estos días son para vosotros, hijos queridísimos, días de gracias divinas que harán más intenso y fecundo vuestro ministerio. Por ello, con San Pablo, «ruego que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda dis-creción, para que sepáis discernir lo mejor» (Flp 1, 9 es.), y llevéis a Jesús a las almas. Os bendigo paternamente.

(A los participantes en el IX congreso nacional italiano de ecónomos de comunidades)

Ahora deseo dirigir un saludo particular a los religiosos y religiosas aquí presentes, que están tomando parte estos días en su congreso anual, organizado por el Centro Nacional de Ecónomos de Comunidades. Conozco bien los gravosos deberes que os están encomendados en la administración delicada de vuestras casas religiosas, hospitales, residencias de ancianos, guarderías infantiles, centros de subnormales, etc. Os aseguro que os comprendo y, sobre todo, que oro para que sepáis unir la acción a la contemplación, y así cumplir mejor vuestro deber, tan rico de méritos y de provecho ante los hombres, y tan valioso ante Dios. A este fin os conforte mi bendición especial que imparto de corazón a los congresistas y a cada uno de los miembros de vuestros ins-titutos respectivos.

(A la parroquia de Portomaggiore de Ravena)

Me da alegría poder dar una bienvenida cordial a la nutrida peregrinación de la parroquia de Portomaggiore de la diócesis de Ravena, que trae a esta sala la "primera piedra" de la casa de reposo que la caridad cristiana se pro-pone construir para los ancianos de la parroquia.

Queridísimos: Con sumo gusto bendigo la iniciativa de la nueva casa y, con ella, la primera piedra que es el signo tangible y que representa a Cristo, en la alegoría bíblica, convertido con la resurrección en "piedra angular" del nuevo Pueblo de Dios (cf. *1 Pe* 2, 4-9). Os expreso mi aplauso por el testimonio de solidaridad cristiana que ofrecéis hoy; y en señal de afecto paterno bendigo a todos los organizadores de esta peregrinación, junto con vuestro celoso arzobispo, mons. Ersilio Tonini, y con vuestro arcipreste, a la vez que pidiendo dones selectos al Señor y la protección celestial de la Virgen, imparto a vosotros y a los seres queridos que quedaron en casa, la propiciadora bendición apostólica.

A continuación Juan Pablo II entonó el canto del Paternóster e impartió la bendición apostólica. Seguidamente, en una sala contigua a la de Pablo VI, el Santo Padre saludó personalmente a cada uno de los obispos que habían asistido a la audiencia.